

PRESERVAD LA TIERRA

José Vilches Palma

Capítulo VII

VII. TIERRA A LA VISTA.

La astronave cruzó el espacio interestelar, silenciosa y arrogante, en un viaje de aproximadamente siete años de duración. Cuando ésta se encontraba a diez minutos de alcanzar una órbita segura alrededor del planeta Tierra, las dos máquinas de hibernado, en las cuales se hallaban postrados Warren y el profesor Porter, comenzaron a realizar el proceso en sentido inverso.

Ambas cápsulas se abrieron al unísono, pero el primero en incorporarse fue Warren. El joven estiró sus miembros cuidadosamente, desperezándose, aspiró profundamente el artificial oxígeno de la astronave varias veces y se sintió mejor. Podría encontrarse perfectamente de no ser por el vacío que sentía en su estómago, ¡estaba muerto de hambre!

La cocina automática le sirvió un zumo de naranja, cuatro tostadas con mermelada fresca y un café bien cargado e hirviendo. Se sentó ante los alimentos, para dar buena cuenta de ellos, justo en el momento en que Porter penetraba en la estancia, exclamando irónicamente:

-¡Buenos días, Warren!

-Buenos días, Porter –correspondió Warren al tiempo que le hincaba el diente a la primera tostada.

La cocina sirvió a Porter una ración idéntica a la de Warren y durante unos minutos ambos ducamitas se dedicaron a desayunar, puesto que habían permanecido sin alimento las setenta y dos horas previas al proceso de hibernación y durante los siete años que había durado el viaje en aquellas condiciones. No se dirigieron la palabra en ninguna ocasión, tan sólo cuando hubieron concluido de comer, Warren fue quien rompió el silencio con una pregunta:

-¿Cómo estarán ahora en Ducam?

-No debemos preocuparnos en absoluto de los nuestros en estos momentos. Hemos de concentrar todas las fuerzas en que a nuestro regreso haya salido todo a la perfección –le contestó Porter con semblante serio, para añadir a continuación con una sonrisa de oreja a oreja- ¡estarán siete años más viejos!

Ambos rieron de buena gana, descargando inconscientemente la tensión acumulada que les provocaba el estar llevando a cabo una misión tan importante para su pueblo.

El ordenador de a bordo despertó de su letargo y lo hizo dando cumplida información sobre la situación en que se encontraba el planeta Tierra.

-Atención... nos hallamos en órbita geostacionaria sobre el planeta objetivo. Los analizadores advierten sobre unas muy elevadas temperaturas, del orden de 200° a 300° sobre el punto de congelación del agua y una atmósfera con un 70% de materia sulfurosa...

-... O lo que es lo mismo, que tenemos la imposibilidad de descender sobre el planeta para concluir con la parte final de la misión –cortó Warren acelerando el proceso.

-Exactamente, señor Warren –casi aplaudió el ordenador.

Instintivamente se miraron el uno al otro. Resultaba evidente que el planeta Tierra había cambiado mucho en los últimos sesenta años, desde la visita del equipo de exploración. Y esta circunstancia significaba un serio revés en el plan establecido, pues no se pensó que en ese tiempo el cambio pudiera ser tan espectacular. Los pasos a seguir durante la misión habían sido tan bien estudiados que, la energía contenida en la pila atómica de la astronave estaba súper racionada, tanto en base al viaje de ida y vuelta, como para los desplazamientos previstos en la Cámara del Tiempo.

En definitiva, que no se podrían arriesgar a llevar a cabo un último viaje al inmediato pasado terrestre (esos susodichos sesenta años), para poder mostrar sobre el terreno, a los tres mandatarios, su propio planeta convertido en un patético desierto lleno de ruinas.

-Cuando llegue el momento ya veremos lo que hacemos; ahora, deberíamos comenzar cuanto antes –dijo Porter.

-Creo que tienes toda la razón –afirmó Warren.

-Se pusieron manos a la obra, pero por sus estómagos hormigueaba la duda; habían topado con un cabo suelto, ¿cuántos más podrían encontrarse durante el transcurso de la misión? No les quedaba otro remedio que continuar adelante para hallar respuesta a esa pregunta.

* * *

Una brusca sacudida fue el anuncio de que la astronave había concluido su segunda etapa del viaje, es decir, la que correspondía a la traslación temporal.

-¡Ya estamos en el pasado de este planeta! –exclamó Warren-. A partir de este instante el tiempo es muy valioso para nosotros... cada día equivaldrá aproximadamente a un año en nuestros organismos-. Esto último lo dijo con un susurro casi imperceptible, como si pretendiese oír el envejecimiento acelerado de sus células.

-¡Jamás lograré acostumbrarme a esta sensación! –casi gritó Porter, al tiempo que se frotaba los ojos.

El ordenador de a bordo les puso rápidamente al corriente de la situación:

-Ahora nos encontramos en el año 1.999 después de Jesucristo, correspondiente al calendario actual utilizado por la mayoría de los nativos del planeta objetivo. Estacionados a una altitud de cincuenta mil metros sobre un núcleo de población

denominado Washington. Descenderemos hasta una altura de cinco mil metros para poder llevar a cabo aterrizaje. La temperatura es de veinticinco grados sobre el punto de congelación del agua y un 30% de humedad... Todo está en perfecto orden... Plan desarrollándose según lo previsto.

Los ducamitas entraron en el puente de mando y lo que vieron a través de los monitores, les heló la sangre.

-¡Es igual que Ducam! –exclamó Porter.

-¡El planeta azul!, pero no es igual al nuestro, compañero –observó Warren-, éste es muchísimo mejor. Ducam tenía un color bastante más apagado cuando lo vimos por última vez, ¿ya lo has olvidado?

-Sí, sí que tienes razón, ahora lo recuerdo... Ducam semejaba canceroso en comparación con éste, pero es que por unos instantes me sentí nostálgico.

-Y lo sigues estando –reprochó Warren-. Porter, ¡abre los ojos! Ducam no semejaba estar canceroso, tienes que hacer una afirmación rotunda y sólida, que no es otra que ésta: ¡está canceroso! Y ante nosotros tenemos la posibilidad de solucionar el problema –concluyó señalando los monitores.

Porter pareció reaccionar ante las palabras de su compañero, interrogándole:

-¿Estás preparado para el aterrizaje?

-Lo estoy –fue la seca y contundente respuesta de Warren.

La misión comenzaba con la abducción del Presidente de los Estados Unidos de América que en aquella época era el señor Freeman.

El aterrizaje en sí no consistía en descender con la astronave a tierra, sino en ser teletransportado por un haz lumínico hacia el punto en concreto que se deseara, siempre y cuando no existiesen obstáculos sólidos en el camino.

... Y de hecho, Warren se encontraba en estos momentos en un parque situado justo ante la puerta principal de la Casa Blanca.

El ducamita quedó sorprendido del frescor que emanaba de los árboles y del excelentemente cuidado césped; sobre todo si a éstos los comparaba con los existentes en Ducam la última vez que los vio.

Para acceder a la Casa Presidencial debía caminar un buen trecho de parque, cruzar una ancha carretera de seis carriles, saltar una pequeña valla y seguir hasta la misma a lo largo de un enorme jardín, cuyo epicentro estaba adornado con una enorme fuente de cristalinas aguas.

Warren iba vestido con un sencillo mono, muy ajustado, totalmente blanco; su calzado, eran unas botas de media caña del mismo color. En su diestra portaba un pequeño maletín de piel negra en el que había una sofisticada pistola y una extraña cápsula transparente, rematada por una finísima aguja, que contenía en su interior un más que sospechoso líquido amarillento y denso. En su muñeca izquierda se distinguía una brillante pulsera, la cual le servía para permanecer en constante contacto con Porter.

Mientras caminaba pausadamente hacia su objetivo, no podía dejar de pensar y de sorprenderse por la forma de vivir de los terrestres:

-¡Metrópolis, Energópolis y Naturópolis, todo en uno!, algo en verdad increíble para su manera de concebir la vida, increíble –se repetía una y otra vez.

En cuanto hubo cruzado la carretera, no sin antes haber tenido que aguardar a que pasaran una docena de vehículos, se detuvo ante la pequeña valla que circundaba el recinto, se acercó la pulsera a los labios y habló:

-Porter, ¿me recibes?

-Perfectamente, Warren.

-Bien, voy a entrar, ¿tenemos solo a Freeman?

-Totalmente aislado, está en su despacho leyendo la prensa del día. Ya he intervenido el interfono de su secretaria, dándole la orden de que no sea molestado en una hora. También he dejado imagen fija en todas las cámaras del edificio que nos interesan para el éxito del golpe. Ha sido un juego de niños... Será como si entrara un fantasma, pero has de darte mucha prisa –sentenció Porter.

-De acuerdo; a la menor complicación me subes rápidamente, ¡hasta luego! –casi rió Warren.

Abrió el negro maletín y extrajo de él un pequeño artefacto, color gris ceniza, un tanto ovalado y con dos nítidos botones de accionamiento en su centro, uno verde y otro rojo (se trataba de un aturdidor cerebral de ultrasonido. El botón verde anulaba la voluntad y el rojo la conciencia). Se colgó el maletín de una hebilla y acto seguido sorteó el obstáculo que suponía la valla de un ágil salto y comenzó a caminar con paso ligero en dirección al despacho oval del presidente.

Ya había pasado la enorme fuente y empezaba a distinguir a simple vista los ventanales del despacho, cuando se súbito surgió ante él una mole humana trajeada de gris, que le interrogó con un vozarrón:

¿A dónde va usted?, ¿tiene permiso para estar aquí?

Warren, que no se lo esperaba, pues el hombre había aparecido de la nada, chocó con él y ambos cayeron sobre el verde césped. Tras unos instantes de desconcierto, el guardaespaldas hizo ademán de sacar su arma, al tiempo que gritaba:

-¡Quédate ahí tumbado, hijo de puta, con las manos donde yo... -repentinamente el hombre perdió la voz, puso los ojos en blanco y se desplomó como fulminado por un rayo. Warren, sobre el jardín, todavía le apuntaba con la pistola; su mano derecha se había crispado alrededor de la misma y mantenía pulsado el botón rojo. Dejando de oprimir éste, se incorporó y recogió el maletín que había rodado unos metros de él.

-¡Buena salida! –la exclamación de Porter se escuchó a través de la pulsera-. No tuve tiempo de avisarte y he estado en un tris de teletransportarte.

Warren buscó con la vista la cámara a través de la cual su compañero había seguido la acción y cuando la encontró le hizo un gesto cuyo significado era que todo estaba correcto y que continuaba con fuerzas.

-¡Bien muchacho, adelante! –apremió Porter.

Ahora avanzó con paso mucho más ligero, como si tuviera prisa por acabar cuanto antes y realmente era así. Otro incidente como el anterior, pero sin la suerte de cara, echaría todo a perder. Ya podía ver a Freeman claramente, arrellanado en su sillón presidencial y leyendo con atención un periódico.

El ducamita se apostó con sigilo junto a la ventana, apuntó con su arma al presidente y efectuó un disparo, apretando en esta ocasión el botón verde. Freeman, que en ese momento estaba volviendo la página del diario, se quedó tieso como una estatua.

Tan sólo podía oír. Todos y cada uno de los músculos de su cuerpo se habían quedado paralizados. El periódico resbaló de entre sus dedos cayendo sobre el alfombrado suelo.

Freeman no se asustó. Aunque no sabía a ciencia cierta lo que le estaba pasando, decidió, desde el primer instante, guardar calma. Ni siquiera sus pensamientos se tornaron nerviosos cuando escuchó el descorrerse de la ventana tras él y el inconfundible sonido de alguien franqueándola.

«¡Estoy siendo objeto de un atentado!, ¿a qué coño esperan mis guardaespaldas para intervenir?» –estaba dándole vueltas a estos pensamientos cuando vio al tipo vestido de blanco ante él. Éste puso su maletín sobre la mesa y lo abrió, introduciendo en él un extraño artefacto y sacando de su interior otro que no lo era menos. El intruso habló mientras acercaba el aparato al cuello del presidente.

-No se preocupe, vengo en misión de paz, no voy a hacerle daño –fueron las palabras de Warren. Por supuesto, Freeman no entendió ni una sola palabra del idioma ducamita. Sintió el frío contacto de algo que atravesó su piel en el cuello y antes de que su mente se nublara, pensó que el individuo tenía un cierto acento ruso muy raro, pero al mismo tiempo no se había dirigido hacia su persona hablando con aire amenazador, sino más bien todo lo contrario... su mujer, sus tres hijos, lo que había sido su vida, su patria a la que servía ahora desde lo más alto... y se dio cuenta de que moriría precisamente por ello.

Repentinamente se hizo la luz de nuevo, continuaba sin poder moverse pero volvía a ver, a oír y ahora escuchaba hablar a su agresor; su sorpresa aumentó cuando se apercibió de que entendía lo que éste le decía.

-Señor Freeman, mi nombre es Warren. Soy habitante de un lejano planeta llamado Ducam y vengo en misión de paz. Le he inyectado una solución programadora del cerebro en su torrente sanguíneo y éste es el motivo por el cual usted ahora comprende mi idioma. Bien, va a ejecutar todas las instrucciones que le dé. Póngase en pie y diríjase hacia la ventana que se encuentra abierta.

El presidente hizo exactamente lo que Warren le ordenó. Se sentía como un vulgar muñeco de trapo con cerebro de mosquito; podía razonar, pero su voluntad se hallaba paralizada por completo. Una vez estuvo junto a la ventana, Warren se colocó a su lado y habló a través de la pulsera.

-Porter, abre la puerta.

Un haz lumínico amarillento y de aspecto sólido apareció ante ellos súbitamente. Ocupaba la totalidad del hueco dejado por la ventana abierta.

-Salte al interior de la luz –ordenó Warren.

Freeman lo hizo y el ducamita saltó tras él.

Autor: José Vilches Palma (1967-2009); Cornellà de Llobregat, Barcelona, España.

Preservad la Tierra, Capítulo VII. Novela publicada originalmente en el libro de mismo título de la colección Espiral CF, núm. 8.

La familia del autor ha cedido a Libro Andr6meda el derecho de publicaci6n de esta obra en nuestra web, con la siguiente condici6n, de acuerdo con las opciones de protecci6n de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusi6n en Internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los cr6ditos. No se puede obtener ning6n beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.